

de entonces una parte tan notable; pero reservo su retrato para el fin de mis *Memorias*.

La intriga que retuvo á Mr. de Talleyrand en París cuando la entrada de los aliados, fue la causa de su prosperidad al principio de la restauracion. El emperador de Rusia lo conocia por haberlo visto en Tilsit. En la ausencia de las autoridades francesas Alejandro bajó al palacio del Infantado, que el conserje se apresuró á ofrecerle.

Desde entonces pasó Mr. de Talleyrand por el árbitro del mundo, y sus salones se hicieron el centro de las negociaciones. Componiendo el gobierno provisional á su gusto, calocó en él á los *partners* de su *wish*: el abate de Mostesquieu figuró en él únicamente como el reclamo de la legitimidad.

Las primeras obras de la restauracion fueron confiadas á la infecundidad del obispo de Autun, que comunicó á aquella un germen de esterilidad y de muerte.

MENSAJES DEL GOBIERNO PROVISIONAL.—CONSTITUCION PROPUESTA POR EL SENADO.

Los primeros actos del gobierno provisional, colocado bajo la dictadura de su presidente, fueron proclamas dirigidas á los soldados y al pueblo.

«Soldados, decian á los primeros: la Francia acaba de romper el yugo bajo el cual gimió con vosotros tantos años. Mirad todo lo que habeis sufrido de la tiranía. Soldados, ya es tiempo de acabar con los males de la patria. Vosotros sois sus mas nobles hijos, y no podeis pertenecer á aquel que la destruye, que ha querido hacer vuestro nombre odioso á todas las naciones, y que tal vez habria comprometido vuestra gloria si un hombre que *ni aun es francés*, pudiese debilitar jamás el honor de nuestras armas y la generosidad de nuestros soldados.»

«Así, á los ojos de sus serviles esclavos, el que consiguió tantas victorias, no es *ya ni aun francés*! Cuando en tiempo de la Liga rindió Du Bourg la Bastilla á Enrique IV, rehusó despojarse de la banda negra y tomar el dinero que le ofrecian por la rendición de la plaza. Obligado á reconocer al rey, respondió:—«Que sin duda era un príncipe muy bueno, pero que él habia dado su fe á Mr. de Mayenne; que, por lo demás, Brisac era un traidor á quien combatiría entre cuatro picas, en presencia del rey, y le comería el corazón.» ¡Diferencia de tiempos y de hombres!

El 4 de abril apareció una nueva proclama del gobierno al pueblo francés:

«Al salir de vuestras discordias civiles, decia, elegisteis por gefe á un hombre que aparecia en la escena del mundo con los caracteres de la grandeza. Sobre las ruinas de la anarquía no ha fundado mas que el despotismo, cuando al menos *por agradecimiento debia hacerse francés con nosotros; pero jamás lo ha sido*. No ha cesado de emprender sin objeto y sin motivo guerras injustas, como aventurero que quiere ser famoso. Tal vez sueña aun en planes gigantescos, aun cuando reveses inauditos castiguen con tanto estrépito el orgullo y el abuso de la victoria. No ha sabido reinar ni en el interés nacional, ni en el interés mismo de su despotismo; ha destruido todo lo que queria crear, y creado todo lo que queria destruir. Solo creia en la fuerza, y la fuerza le subyuga hoy en justo pago de una ambicion insensata.»

Verdades incontestables, maldiciones merecidas: ¿pero quién daba estas maldiciones? ¿Qué era mi pobre folletillo al lado de estas virulentas proclamas? ¿No desaparecia enteramente? El mismo dia, 4 de abril, el gobierno provisional proscribió los signos y los emblemas del gobierno imperial, y si hubiese existido el arco de triunfo, lo abrian derribado. Mailhes, que votó el primero la muerte de Luis XVI; Cambaceres, que saludó el primero á Napoleón con el nombre de emperador, reconocieron con solicitud los actos del gobierno provisional.

El Senado bosquejó el 6 una constitucion, que descansaba casi sobre las bases de la caria futura: el Senado era mantenido como cámara alta; la dignidad de los senadores era declarada inamovible y hereditaria, y á su título de mayorazgo se agregaba su dotacion de senadores: la constitucion hacia estos títulos y mayorazgos transmisibles á los descendientes del poseedor.

La sordida desvergüenza de estos senadores, que en medio de la invasion de su patria no se pierden de vista un momento, choca aun en la inmensidad de los públicos sucesos.

¿No hubiera sido mas cómodo á los Borbones adoptar á su llegada el gobierno establecido, un Senado secreto y esclavo, una prensa encadenada? Reflexionando, se ve que esto era imposible: incorporándose las libertades naturales en ausencia del brazo que las encorvaba, hubieran vuelto á tomar su línea vertical bajo la debilidad de la compresion. Si los príncipes legítimos hubiesen licenciado el ejército de Bonaparte, como debieron hacerlo (y esta era la opinion de Bonaparte en Santa Elena), y si hubiesen conservado al mismo tiempo el gobierno imperial, hubiera sido romper demasiado el instrumento de la gloria, para no conservar mas que el instrumento de la tiranía: la Carta era el rescate de Luis XVIII.

LLEGADA DEL CONDE DE ARTOIS.—ABDICACION DE NAPOLEON EN FONTAINEBLEAU.

El 12 de abril llegó el conde de Artois en cualidad de lugarteniente general del reino. Trescientos ó cuatrocientos hombres á caballo salieron á su encuentro, y yo iba en la comitiva. El conde encantaba por su buena gracia diferente de las maneras del imperio. Los franceses reconocian con placer en su persona sus antiguas costumbres, su antigua urbanidad y su antiguo lenguaje, y la multitud le rodeaba y oprimía: consoladora aparicion de lo pasado, doble refugio contra el extranjero vencedor y contra Bonaparte amenazador todavía. ¡Ay! Este príncipe no volvia á poner el pié en el suelo francés sino para ver asesinar en él á su hijo y para volver á morir en esa tierra de destierro de donde venia: hay hombres á quienes la vida ha sido arrojada al cuello como una cadena. Fui presentado al hermano del rey, al cual habian hecho leer mi folleto, pues de otro modo no hubiera sabido mi nombre: ni se acordaba de haberme visto en la corte de Luis XVI, ni en el campamento de Thionville, ni jamás sin duda habia oido hablar de *El Genio del Cristianismo*: esto era muy sencillo. Cuando se ha sufrido mucho y largo tiempo, solo se acuerda uno de sí mismo, pues el infortunio personal es un compañero un poco frio, pero exigente, que no deja lugar á ningun otro pensamiento y se apodera de todo nuestro ser.

La víspera de la entrada del conde de Artois, despues de haber negociado inútilmente Napoleón con Alejandro por la mediacion de Mr. de Caulaincourt, habia hecho conocer el acta de su abdicacion:

«Habiendo proclamado las potencias aliadas que el emperador Napoleón era el único obstáculo para el restablecimiento de la paz en Europa, el emperador Napoleón, fiel á su juramento, declara que renuncia por sí y sus sucesores al trono de Francia y de Italia, porque no hay ningun sacrificio personal, ni aun el de la vida, que no esté dispuesto á hacer por el interés de los franceses.»

A estas brillantes palabras no tardó el emperador en dar, con su vuelta, un mentis menos solemne;

solo necesitó para ello el tiempo de ir á la isla de Elba. Hasta el 20 de abril permaneció en Fontainebleau.

Llegado este dia, bajó Napoleón la escalera de dos tramos que conduce al peristilo del palacio desierto de la monarquía de los Capetos. Algunos granaderos, restos de los soldados vencedores de la Europa, se formaron en ala en el patio grande como en su último campo de batalla, rodeados de aquellos vetustos árboles compañeros mutilados de Francisco I y de Enrique IV. Bonaparte dirigió estas palabras á los últimos testigos de sus combates:

«Generales, oficiales, sargentos y soldados de mi antigua guardia: me despido de vosotros: hace veinte años que estoy contento de vosotros, pues siempre os he encontrado en el camino de la gloria.

«Las potencias aliadas han armado toda la Europa contra mí: una parte del ejército ha hecho traicion á sus deberes, y la Francia misma ha querido otros destinos.

«Con vosotros y los valientes que me han permanecido fieles, hubiera podido mantener la guerra civil por espacio de tres años; pero la Francia habria sido desgraciada, que era lo contrario al objeto que me he propuesto.

«¡Sed fieles al nuevo rey que la Francia se ha elegido, y no abandonéis nuestra querida patria, demasiado largo tiempo desdichada! ¡Amadla siempre, amad bien á esta querida patria!

«No compadezcáis mi suerte; yo siempre seré feliz cuando sepa que vosotros lo sois.

«Hubiera podido morir, y nada me habria sido mas fácil, pero yo seguiré sin cesar el camino del honor: aun tengo que escribir lo que nosotros hemos hecho.

«No puedo abrazaros á todos, pero abrazaré á vuestro general... Venid, general (y estrecha en sus brazos al general Petit). ¡Que me traigan el águila...! (y la besa) ¡Águila amada, que estos besos resuenen en el corazón de todos los valientes...! ¡Adios, hijos míos...! Mis votos os acompañaran siempre; conservad mi recuerdo.»

Dicho esto, Napoleón levantó su tienda que cubria al mundo.

ITINERARIO DE NAPOLEON Á LA ISLA DE ELBA.

Bonaparte habia pedido á la alianza que le acompañasen unos comisionados á fin de ser protegido por ellos hasta la isla que los soberanos le concedian en toda propiedad y en herencia. El conde Schouvaloff fue nombrado por la Rusia; el general Kohler por el Austria, el corenel Campbell por la Inglaterra, y el conde Waldbourg-Truchsess por la Prusia; este último ha escrito el *Itinerario de Napoleón desde Fontainebleau á la isla de Elba*, folleto que, unido al del abate de Pradt sobre la embajada de Polonia, son los dos escritos que mas han afligido á Napoleón. Sin duda echaba de menos entonces el tiempo de su liberal censura, cuando hacia fusilar al pobre Palm, librero alemán, por haber repartido en Nuremberg el escrito de Mr. de Gentz, titulado *La Alemania en su profundo envilecimiento*. En la época de la publicacion de este escrito todavía era Nuremberg una ciudad libre que no pertenecía á la Francia: ¿no debiera haber adivinado Palm esta conquista?

El conde de Waldbourg refiere primero muchas conversaciones que precedieron á la marcha en Fontainebleau, y cuenta que Bonaparte hacia los mayores elogios de lord Wellington, informándose de su carácter y de sus costumbres. Excusábase de no haber hecho la paz en Praga, en Dresde y en Francfort, conviniendo en que habia hecho mal, pero que entonces tenia otras miras:—«Yo no he sido usurpador, añadía, porque no he aceptado la corona si-

no en virtud del voto unánime de la nacion, mientras que Luis XVIII la ha usurpado, no siendo llamado al trono sino por un Senado vil, entre cuyos miembros hay mas de diez que votaron la muerte de Luis XVI.»

El conde de Waldbourg prosigue así su relacion: «El emperador se puso en marcha el 21 á medio dia, despues de haber tenido otra vez con el general Kohler una larga conversacion, cuyo resúmen es este:—«¡Pues bien! Ya oisteis ayer mi discurso á la antigua guardia, discurso que os agradó y que visteis el efecto que produjo. Así es como debe hablarse y obrarse con ellos, y si Luis XVIII no sigue ese ejemplo, jamás hará nada del soldado francés.»

«Los gritos de ¡viva el emperador! cesaron desde que se separaron de nosotros las tropas francesas. En Moulins vimos las primeras escarapelas blancas, y los habitantes nos recibieron con las aclamaciones de *vivan los aliados*! El coronel Campbell tomó la delantera en Lyon para buscar en Tolon ó en Marsella una fragata inglesa que, segun los deseos de Napoleón, pudiese conducirle á su isla.

«En Lyon, por donde pasamos á las once de la noche, se reunieron algunos grupos que gritaron ¡viva Napoleón! El 24 á medio dia nos encontramos al mariscal Augereau cerca de Valence. El emperador y el mariscal se apearon del coche: Napoleón se quitó el sombrero, y tendió los brazos á Augereau, que le abrazó, pero sin saludarlo:—«¿Dónde vas de ese modo? le dijo el emperador tomándole por un brazo; ¿vas á la corte?» Augereau respondió que por el momento iba á Lyon, y así marcharon cerca de un cuarto de hora juntos, siguiendo el camino de Valence. El emperador hizo al mariscal cargos por su conducta con respecto á él, y le dijo:—*Tu proclama es muy necia; ¿por qué esas injurias contra mí? Bastaba decir sencillamente: habiéndose pronunciado el voto de la nacion en favor de un nuevo soberano, el deber del ejército es conformarse á él. ¡Viva el rey! ¡Viva Luis XVIII!* Augereau se puso entonces á tutear á Bonaparte, y le hizo á su vez amargas reconvencciones sobre su insaciable ambicion, á la cual lo habia sacrificado todo, aun la felicidad de la Francia entera. Cansando este discurso á Napoleón, se volvió bruscamente, abrazó al mariscal, se quitó otra vez el sombrero, y se metió en su coche.

«Augereau no movió su gorra de la cabeza, y solo cuando el emperador estuvo en el coche, le hizo un ademán despreciativo con la mano, diciéndole adios.

«El 25 llegamos á Orange, donde fuimos recibidos á los gritos de ¡viva el rey! ¡viva Luis XVIII!

«El mismo dia en el sitio en que debia mudarse de caballos, un poco antes de Avignon, encontramos mucho pueblo reunido que esperaba á Napoleón, y que nos acogia con gritos de ¡viva el rey! ¡vivan los aliados! ¡abajo el tirano, el picaro!... Esta multitud vomitaba contra él mil invectivas.

«Hicimos cuanto era posible por cortar este escándalo y dividir la muchedumbre que asaltaba su coche; pero no pudimos obtener de aquellos furiosos que dejasen de insultar al hombre que, decian, los habia hecho desgraciados, y que no tenia mas deseo que el de aumentar aun su miseria.

«En todos los lugares que atravesamos fue recibido de la misma manera. En Orgon llegó á su colmo la rabia del pueblo: delante de la posada en que debia parar habian levantado una horca, de la cual estaba colgado un muñeco con uniforme francés, cubierto de sangre, y con una inscripcion en el pecho, que decia: *Tal será, tarde ó temprano, la suerte del tirano*.

«El pueblo se encaramaba al coche de Napoleón y

pretendía verlo para dirigirle las mayores injurias. El emperador se ocultaba detrás del general Bertrand todo cuanto podía, y estaba pálido y sin decir una palabra. A fuerza de perorar al pueblo, conseguimos sacarlo de aquel mal paso.

»El conde Schouwaloff arengó al populacho en estos términos: — «¿No os da vergüenza insultar á un desgraciado sin defensa? ¡Bastante humillado está por la triste situación en que se encuentra, él, que se imaginaba dictar leyes al universo, y que se ve hoy á merced de vuestra generosidad! Abandonadle á sí propio; ya veis que el desprecio es la única arma que debéis emplear contra ese hombre que ha dejado de ser peligroso. No sería propio de la nación francesa tomar otra venganza.» El pueblo aplaudía, y viendo Napoleón el efecto del discurso, hacia señas de aprobación á Schouwaloff, y luego le dió gracias por el servicio que le había prestado.

»Un cuarto de legua mas allá de Orgon creyó indispensable la precaución de disfrazarse; púsose una vieja levita azul, un sombrero redondo con una escarapela blanca, y montó en un caballo de posta para galopar delante de un coche, queriendo pasar así por un correo. Como no podíamos seguirlo, llegamos á Saint-Canat mucho despues que él. Ignorando los medios que habría tomado para sustraerse al pueblo, lo creíamos en el mayor peligro, porque vimos su coche rodeado por gentes furiosas, que querían abrir las portezuelas; pero felizmente estaban muy bien cerradas, y esto salvó al general Bertrand. La tenacidad de las mujeres fue lo que mas nos sorprendió, pues nos suplicaban que se lo entregásemos, diciendo: — «Ha merecido tanto bien de nosotras y de vosotros mismos, que no os pedimos sino una cosa justa.»

»A media legua de Saint-Canat alcanzamos el coche del emperador, que poco despues se entró en una mala posada situada en el camino real, llamada *La Calade*. Seguimosle, y en este lugar fue donde supimos el disfraz de que había usado, y su llegada á esta posada á favor de tan extraño atavío: solo le había acompañado un correo, y toda su comitiva, desde el general hasta el marmiton, llevaban escarapelas blancas, de las cuales parecían haber hecho provision de antemano. Su ayuda de cámara salió á nuestro encuentro, y nos suplicó que hiciéramos pasar al emperador por el coronel Campbell, porque al llegar se había anunciado con este nombre. Prometimos conformarnos á este deseo, y yo entré el primero en una especie de habitación, donde me chocó encontrar al ex-soberano del mundo sumergido en profundas reflexiones, con la cabeza apoyada en las manos. Al pronto no lo conocí, y acercándome á él, se levantó sobresaltado, y me dejó ver su rostro inundado de lágrimas. Me hizo seña de que no dijese nada, y de que me sentara á su lado, y todo el tiempo que la posadera estuvo en la sala, solo me habló de cosas indiferentes; pero cuando salió, volvió á su posición primera. Yo juzgué conveniente dejarlo solo, pero él nos suplicó, sin embargo, que pasásemos de cuando en cuando á su cuarto para que no sospechasen su presencia.

»Hicimosle saber que todo el mundo estaba instruido de que el coronel Campbell había pasado la víspera justamente por aquel lugar, y entonces resolvió tomar el nombre de lord Burghers. Nos sentamos á la mesa, pero como no eran sus cocineros los que habían preparado la comida, no pudo resolverse á tomar ningún alimento, por temor de ser envenenado. Sin embargo, viéndonos comer con buen apetito, tuvo vergüenza de demostrarnos los temores que le agitan, y fingiendo tomar todo lo que se le ofrecía, devolvía los platos sin tocar á ellos, y algunas veces tiraba debajo de la mesa lo que había aceptado, para hacer creer que lo había comido. Solo tomó un pedazo

de pan y de vino de una botella que hizo sacar de su coche, la cual repartió con nosotros.

»Habló mucho y estuvo de una amabilidad notable, y cuando estuvimos solos, despues de haberse retirado la posadera que nos servía, nos hizo conocer que creía en peligro su vida, y que estaba persuadido de que el gobierno francés había tomado medidas para hacerlo asesinar en este lugar.

»Mil proyectos se cruzaban en su cabeza sobre la manera con que podría salvarse, y pensaba en los medios de engañar al pueblo de Aix, porque le habían dicho que una gran muchedumbre le esperaba en la casa de postas. Nos declaró, pues, que lo que le parecía mas conveniente era volver á Lyon, y allí tomar otro camino para embarcarse en Italia. En ningún caso hubiéramos podido consentir en este proyecto, é intentamos persuadirle á marchar directamente á Tolon, ó ir por Digne á Frejus, tratando de convencerle de que era imposible que el gobierno francés pudiese tener intenciones tan pérfidas sin que nosotros estuviésemos instruidos de ellas, y que el populacho, á pesar de las indecencias á que se entregaba, no se haría culpable de un crimen de esa naturaleza.

»Para persuadirnos mejor, y para probarnos hasta qué punto eran fundados sus temores, según él, nos contó lo que le había pasado con la posadera, que no lo había conocido. — «¿Habeis encontrado á Bonaparte? le preguntó ella. — No, había respondido Napoleón. — Estoy curiosa, continuó la mujer, por ver si podrá salvarse; yo creo que el pueblo va á asesinarle, lo cual es preciso confesar que ha merecido muy bien ese tuno. Decidme, ¿van á embarcarlo para su isla? — Sin duda. — ¿Lo ahogarán, no es verdad? — ¡Así lo espero! replicó Napoleón. Ya veis, añadió, á qué peligro estoy expuesto.»

»Entonces comenzó á fatigarnos de nuevo con sus inquietudes é irresoluciones, y nos suplicó examinásemos si no había alguna puerta secreta por la cual pudiera escaparse, ó si la ventana, cuyos postigos había visto cerrar cuando llegó, no estaba demasiado alta para poder saltar y evadirse.

»La ventana tenía una reja exterior, y lo puse en el mayor apuro cuando le comuniqué este descubrimiento. Al menor ruido se estremecía y cambiaba de color.

»Despues de comer le dejamos con sus reflexiones, y como de vez en cuando entrábamos en su sala, según el deseo que nos había manifestado, siempre lo encontramos llorando.

»El ayudante de campo del general Schouwaloff vino á decirnos que el pueblo, amotinado en la calle, se había retirado casi enteramente. El emperador resolvió marchar á media noche.

»Por una previsión exagerada aun tomó nuevos medios para no ser conocido.

»A fuerza de instancias obligó al ayudante de campo del general Schouwaloff á que se pusiera la levita azul y el sombrero redondo, con los cuales había llegado á la posada.

»Bonaparte, que entonces quiso pasar por un coronel austriaco, se puso el uniforme del general Kohler, se condecoró con la orden de Santa Teresa que el general llevaba, se encasquetó mi gorro de viaje, y se cubrió con la capa del general Schouwaloff.

»Despues que los comisionados de las potencias aliadas le hubieron equipado de este modo, se hicieron acercar los coches; pero antes de bajar, hicimos una repetición del órden en que debíamos marchar. El general Drouot iba el primero, luego el fingido emperador, ayudante del general Schouwaloff, y en seguida el general Kohler, el emperador, el general Schouwaloff y yo, que tenía el honor de formar parte

de la retaguardia, á la cual se unió la servidumbre del emperador.

»Así atravesamos la multitud, que se tomaba el mayor trabajo por descubrir entre nosotros el que ella llamaba su tirano.

»El ayudante de Schouwaloff (el mayor Olewieff) tomó el sitio de Napoleón en su coche, y Napoleón ocupó otro en la berlina del general Kohler.

»Sin embargo, el emperador no se tranquilizaba, y tanto, que mandó al cochero que fumase, á fin de que esta familiaridad pudiera disimular su presencia. Llegó hasta el punto de suplicar al general Kohler que cantase, y como este le respondiera que no sabía cantar, Bonaparte le dijo que silbase.

»Así fue como prosiguió su camino, oculto en uno de los rincones de la berlina y fingiendo dormir, mecido por la agradable música del general, é incensado por el humo del cochero.

»En Saint-Maximin almorzó con nosotros. Como oyó decir que el subprefecto de Aix estaba en aquel lugar, le hizo llamar, y le apostrofó en estos términos:

— «Debíais avergonzaros de verme en uniforme austriaco, el cual he tenido que vestir para ponerme al abrigo de los insultos de los provenzales. Yo llegaba con plena confianza en medio de vosotros, cuando pude traer conmigo seis mil hombres de guarnición. Yo no encuentro aquí mas que rabiosos que amenazan mi vida, pues estos provenzales son una mala raza que ha cometido toda clase de horrores y de crímenes en la revolución; pero cuando se trata de batirse, entonces son unos cobardes. Jamás me ha suministrado la Provenza un solo batallón de que pudiese estar contento; pero tal vez estarán mañana tan encarnizados contra Luis XVIII como lo parecen hoy contra mí.»

»Volviéndose en seguida á nosotros, nos dijo que Luis XVIII no haría jamás nada de la nación francesa si la trataba con demasiada contemplación. Es preciso necesariamente, continuó, que levante impuestos considerables, y estas medidas le atraeran pronto el odio de sus súbditos.

»Nos contó que diez y ocho años antes había sido enviado á este país con muchos millares de hombres para libertar á dos realistas que debían ser ahorcados por haber llevado la escarapela blanca. Yo les salvé con mucho trabajo de manos de estos furiosos, y hoy día esos hombres volverían á los mismos excesos contra aquel de entre ellos que se negase á llevar la escarapela blanca. ¡Tal es la inconstancia del pueblo francés!

»Supimos que había en Luc dos escuadrones de húsares austriacos, y accediendo al deseo de Napoleón, mandamos órden al comandante que esperase nuestra llegada para escoltar al emperador hasta Frejus.»

Aquí termina la narración del conde Waldbourg: causa daño leer estas relaciones. ¿Cómo, los comisionados no podían proteger mejor á aquel de quien tenían el honor de responder? ¿Quiénes eran ellos para afectar aires tan superiores con semejante hombre? Bonaparte, dice con razón, que si hubiera querido habría podido viajar acompañado de una parte de su guardia. Es claro que eran indiferentes á su suerte; que se gozaban en su degradación, y que se consentía con placer en aquellas muestras de desprecio. ¡Es tan dulce tener á sus pies el destino de aquel que marchaba sobre las mas altas cabezas y vengarse del orgullo por el insulto! Así es que los comisionados no encuentran ni una palabra, ni aun de sensibilidad filosófica, sobre tal cambio de fortuna, para advertir al hombre de su nada y de la grandeza de los juicios de Dios. En las filas de los aliados habían sido numerosos los antiguos adúladores de Napoleón. Convento en que la Prusia tenía necesidad de un esfuerzo de virtud

para olvidar lo que había sufrido ella, su rey y su reina; pero este esfuerzo debió hacerse. ¡Ay! Bonaparte no había tenido lástima de nada: el momento en que se mostró mas cruel fue en Jaffa, y el mas pequeño en el camino de la isla de Elba. En el primer caso le han servido de excusa las necesidades militares; en el segundo, la dureza de los comisionados extranjeros excita el sentimiento de los lectores y disminuye la abyección del héroe.

El gobierno provisional de Francia no me parece tampoco libre de todo cargo: yo desecho las calumnias de Maubreuil; mas, sin embargo, en el terror que aun inspiraba Napoleón á sus antiguos domésticos, una catástrofe fortuita no hubiera podido presentarse á sus ojos sino como una desgracia.

Quisiera dudarse de la verdad de los hechos referidos por el conde Waldbourg; pero el general Kohler ha confirmado en una *Continuación del itinerario de Waldbourg* una parte de la narración de su colega: el general Schouwaloff me ha certificado por su parte la exactitud de los hechos, y sus palabras contenidas decían mas que el relato expansivo de Waldbourg. En fin, el *Itinerario de Fabry* está compuesto sobre documentos históricos franceses, suministrados por testigos oculares.

¿Ahora que hago justicia de los comisionados de los aliados, es el vencedor del mundo el que se ve en el *Itinerario de Waldbourg*? ¡El héroe reducido á disfraces y á lágrimas, llorando vestido de correo en una habitación oculta de una posada! ¿Era así como estaba Mario sobre las ruinas de Cartago, como Aníbal murió en Bithynia y César en el Senado? ¿Cómo se disfrazó Pompeyo? Cubriéndose la cabeza con su toga. ¡El que había revestido la púrpura poniéndose á cubierto bajo la escarapela blanca, y dando el grito de salvación ¡viva el rey! ¡Ese rey de quien había hecho fusilar un heredero! ¡El señor de los pueblos, excitando las humillaciones que le prodigaban los comisionados á fin de ocultarle mejor, encantado de que el general Kohler silbase en su presencia, de que un cochero fumara á su lado, y obligando al ayudante de campo de Schouwaloff á que representase el papel de emperador, mientras que él, Bonaparte, llevaba el uniforme de un coronel austriaco y se cubría con la capa de un general ruso! ¡Cuán cruelmente amaba la vida; estos inmortales no pueden consentir en morir!

Moreau decía de Bonaparte: — «Lo que le caracteriza es la mentira y el amor á la vida; si lo azotase, lo vería á mis pies implorando gracia.» Moreau pensaba de esta suerte; no podía comprender la naturaleza de Bonaparte, é incurria en el mismo error que lord Byron. Al menos, engrandecido Napoleón en Santa Elena por las musas, aunque poco noble en sus contiendas con el gobernador inglés, solo tuvo que soportar el peso de su inmensidad. En Francia, el mal que había hecho se le apareció personificado en las viudas y en los huérfanos, y le obligó á temblar bajo las manos de algunas mujeres.

Todo esto es demasiado cierto; pero Bonaparte no debe ser juzgado según las reglas que se aplican á los grandes genios, porque le faltaba la magnanimidad. Hay hombres que tienen la facultad de subir, y que carecen de la de bajar. Napoleón poseía las dos facultades: como el ángel rebelde, podía disminuir su talla incommensurable para encerrarla en un espacio medido: su ductilidad le proporcionaba medios de salvación y de renacimiento, y con él no estaba terminado todo cuanto parecía estarlo. Cambiando á su gusto de costumbres y de traje, tan perfecto en lo cómico como en lo trágico, este actor sabía parecer natural bajo la túnica del esclavo como bajo el manto del rey. Un momento mas, y veréis cómo desde el fondo de su degradación levanta el enano su cabeza de Briareo

Asmodeo saldrá en un torbellino de humo de la redoma en que estaba comprimido. Napoleon estimaba la vida por lo que le proporcionaba, y teniendo el instinto de lo que aun le quedaba que pintar, no queria que le faltase el lienzo antes de haber acabado sus cuadros.

Menos injusto Walter Scott que los comisionados, nota con candor que la furia del pueblo hizo mucha impresion en Bonaparte, que derramó lágrimas y que mostró mas debilidad de la que admitia su valor reconocido; pero añade: «El peligro era de una especie particularmente horrible y propio para intimidar á aquellos á quienes era familiar el terror de los campos de batalla; el soldado mas valiente puede estremecerse ante la muerte de los Witt.»

Napoleon fue sometido á estas angustias revolucionarias en los mismos lugares en que comenzó su carrera con el terror.

El general prusiano, interrumpiendo su relacion, se ha creído obligado á revelar un mal que el emperador no ocultó: el conde de Waldbourg ha podido confundir lo que veía con los sufrimientos de que Mr. de Segur habia sido testigo en la campaña de Rusia, cuando, obligado Bonaparte á bajar del caballo, apoyaba la cabeza contra los cañones. En el número de las debilidades de los guerreros ilustres, la verdadera historia no cuenta mas que el puñal que partió el corazón de Enrique IV, y la bala de cañon que dió la muerte á Turena.

Después de la relacion de la llegada de Bonaparte á Frejus, desembarazado Walter Scott de las grandes escenas, pinta el pasaje de Napoleon á la isla de Elba, y la seducción ejercida por Bonaparte en los marineros ingleses, excepto en Hinton, que no podia oír las alabanzas dadas al emperador sin murmurar la palabra: *Humbug*. Cuando marchó Napoleon, Hinton deseó á su honor buena salud y mejor fortuna para otra vez. Napoleon era todas las miserias y todas las grandezas del hombre.

LUIS XVIII EN COMPIEGNE. — SU ENTRADA EN PARÍS. — LA ANTIGUA GUARDIA. — FALTA IRREPARABLE. — DECLARACION DE SAINT-OUEN. — TRATADO DE PARÍS. — LA CARTA. — RETIRADA DE LOS ALIADOS.

Mientras que Bonaparte, conocido del universo, se escapaba de Francia en medio de las maldiciones, Luis XVIII, olvidado de todos, salía de Londres bajo una bóveda de banderas blancas y de coronas. Napoleon volvió a encontrar su fuerza al desembarcar en la isla de Elba, y al desembarcar en Calais Luis XVIII hubiera podido ver á Louvel: allí encontró al general Maison, encargado diez y seis años después de embarcar á Carlos X en Cherburgo. Carlos X aparentemente para hacerlo digno de su mision futura, dió después á Mr. Maison el baston de mariscal de Francia, como un caballero, antes de batirse, conferia la caballería al hombre inferior con el cual se dignaba medirse.

Yo temia el efecto de la aparicion de Luis XVIII, y me apresuré á adelantarlo en esa residencia donde cayó Juana de Arco en mano de los ingleses, y donde me enseñaron un volumen marcado por una de las balas lanzadas contra Bonaparte. ¿Qué iba á pensarse del inválido régio reemplazando al caballero que habia podido decir como Atila: — ¿No crece ya la yerba por donde ha pasado mi caballo? Sin mision y sin gusto, emprendí una tarea bastante difícil, la de pintar la llegada á Compiègne, y hacer ver al hijo de San Luis tal como yo le idealizaba con el auxilio de las musas. Me expresé de este modo:

«La carroza del rey iba precedida de los generales y de los mariscales de Francia, que habian salido al encuentro de S. M. No ha habido gritos de ¡viva el

rey! sino clamores confusos, en los cuales solo se distinguian los acentos del enternecimiento y de la alegría. El rey llevaba un traje azul, distinguido únicamente por una placa y charreteras, y sus piernas envueltas en anchas polainas de terciopelo rojo, bordadas con un cordoncillo de oro. Cuando estaba sentado en un sillón con, sus polainas á la antigua y el baston entre las rodillas, se hubiera creído ver á Luis XIV á los cincuenta años.

Los mariscales Macdonald, Ney, Moncey, Serrurier, Brune, el príncipe de Neufchatel, todos los generales, todas las personas presentes han obtenido igualmente del rey las palabras mas afectuosas. Tal es en Francia la fuerza del soberano legítimo, esa magia unida al nombre del rey. Un hombre llega solo del destierro, despojado de todo, sin servidumbre, sin guardias, sin riquezas, sin tener nada que dar, y casi nada que prometer. Baja de su coche apoyado en el brazo de una mujer joven, y se presenta á capitanes que jamás lo han visto, y á granaderos que apenas saben su nombre. ¿Quién es ese hombre? ¡El rey! todo el mundo cae á sus pies.»

Lo que antes decia yo de los guerreros, con el objeto que me proponia alcanzar, era verdad en cuanto á los gefes, pero mentía en cuanto á los soldados. Tengo presente en la memoria, como si lo viese todavía, el espectáculo de que fui testigo cuando, entrando Luis XVIII en París el 3 de mayo, fue á aparecer en Notre-Dame: habian querido ahorrar al rey la vista de las tropas extranjeras, y un regimiento de la antigua guardia de infantería fue el que formó las filas desde el Pont-Neuf hasta Notre-Dame, á lo largo del muelle de los Orfèvres. Yo no creo que rostros humanos hayan expresado jamás alguna cosa tan amenazadora y tan terrible. Estos granaderos, cubiertos de heridas, vencedores de la Europa, que habian visto pasar sobre sus cabezas tantos millares de balas; estos mismos hombres, privados de su capitán, se veían obligados á saludar á un rey viejo, inválido por el tiempo y no por la guerra, vigilados como estaban por un ejército de rusos, de austriacos y de prusianos en la capital invadida de Napoleon. Los unos, arrugando la piel de sus frentes, hacían bajar hasta los ojos sus gorras de pelo como para no ver; otros inclinaban las dos extremidades de la boca con el desprecio de la rabia, y otros al través de sus bigotes dejaban ver sus dientes como tigris. Cuando presentaban las armas lo hacían con un movimiento de furor, y el ruido de esas armas hacia temblar. Preciso es convenir en que jamás han sido puestos hombres á semejante prueba, ni han sufrido semejante suplicio. Si en este momento hubiesen sido llamados á la venganza, hubiera sido preciso exterminarlos hasta el último, ó se habrían comido la tierra.

En el extremo de la línea estaba un húsar joven, á caballo y con el sable desnudo, que hacia girar con un movimiento convulsivo de cólera. Estaba pálido; sus ojos giraban en sus órbitas, y abría y cerraba la boca haciendo chocar los dientes y ahogando gritos, de los que solo se oía el primer sonido. Vió á un oficial ruso, y la mirada que le lanzó no puede describirse. Cuando pasó delante de él el carruaje del rey, hizo saltar su caballo, y ciertamente tuvo la tentación de precipitarse sobre el rey.

La restauracion cometió, al principiar, una falta irreparable: debió licenciar el ejército, conservando los mariscales, los generales, los gobernadores militares, los oficiales con sus pensiones, honores y grados, y los soldados habrían entrado sucesivamente en el ejército constituido, como lo hicieron después en la guardia: la legitimidad no hubiera tenido desde el principio contra ella esos soldados del imperio organizados, formados en brigadas como lo estaban en los días de sus victorias, hablando sin cesar en-

tre sí del tiempo pasado, y alimentando penas y sentimientos hostiles contra su nuevo señor.

La miserable resurreccion de la Maison-Rouge, esa mezcla de militares de la antigua monarquía y de los soldados del novel imperio, aumentó el mal: creer que veteranos ilustrados en mil campos de batalla no se resentirían de ver jóvenes, muy valientes sin duda, pero en su mayor parte nuevos en el oficio de las armas, que llevaban, sin haberlas ganado, las señales de un alto grado militar, era desconocer la naturaleza humana.

Durante la permanencia de Luis XVIII en Compiègne, habia ido á visitarlo Alejandro. Luis XVIII le chocó por su altivez, y resultó de esta entrevista la declaracion de Saint-Ouen de 2 de mayo. El rey decia que estaba resuelto á dar por base de la constitucion que destinaba á su pueblo las garantías siguientes: el gobierno representativo dividido en dos cuerpos; el impuesto libremente consentido; la libertad pública é individual; la libertad de la prensa; la de cultos; las propiedades inviolables y sagradas; la venta de los bienes nacionales irrevocable; los ministros responsables; los jueces inamovibles y el poder judicial independiente; todo francés admitido á todos los empleos, etc. etc.

Esta declaracion, aunque fuese natural en el ánimo de Luis XVIII, no pertenecia sin embargo ni á él ni á sus consejeros; era sencillamente el tiempo que dejaba su reposo; sus alas se habian plegado en 1792, y ahora volvia á su vuelo ó á su curso. Los excesos del terror, el despotismo de Bonaparte, habian hecho retroceder las ideas; pero tan pronto como fueron destruidos los obstáculos, afluyeron de nuevo al cauce que debían seguir y socavar á un tiempo. Volvieron las cosas al punto en que se habian detenido, y se tuvo como no ocurrido lo que habia pasado: la especie humana habia perdido solamente cuarenta años de vida desde el principio de la revolucion; ¿pero qué son cuarenta años en la vida general de la sociedad?

El 30 de mayo de 1814 se concluyó el tratado de París entre los aliados y la Francia. Convino en que en el plazo de dos meses todas las potencias que se habian comprometido de una parte y otra en esta guerra enviarían sus plenipotenciarios á Viena, para concluir en un congreso general los arreglos definitivos.

El 4 de junio apareció Luis XVIII en sesion regia en una asamblea colectiva del cuerpo legislativo y de una fraccion del senado, y pronunció un noble discurso: viejos, pasados, gastados, estos fastidiosos detalles no sirven ya sino de hilo histórico.

Para la mayor parte de la nacion, la carta tenia el inconveniente de ser otorgada, lo cual era remover con esta palabra inútil la cuestion ardiente de la soberanía real ó popular. Luis XVIII fechaba tambien su beneficio con el año de su reinado, considerando á Bonaparte como si no hubiese existido, del mismo modo que Carlos II habia saltado á piés juntitos sobre Cromwell: esto era una especie de insulto á los soberanos que habian reconocido á Napoleon, y que en este momento mismo se hallaban en París. Este lenguaje añejo y estas pretensiones de antigua monarquía no añadian nada á la legitimidad del derecho, ni eran otra cosa mas que anacronismos pueriles. Fuera de esto, reemplazando la carta al despotismo, y trayéndonos la libertad legal, tenia con que satisfacer á los hombres de conciencia; mas, sin embargo, los realistas, que recogian sus ventajas, que saliendo de su aldea, de su pobre hogar, ó de las plazas oscuras en que habian vivido en tiempo del imperio, eran llamados á una alta y pública existencia, no recibieron el beneficio sino murmurando, y los liberales que se habian arreglado de corazón con la tiranía de Bonaparte, consideraron la carta como

un verdadero código de esclavos. Hemos vuelto á los tiempos de Babel; pero ya no se trabaja en un monumento comun de confusion, sino que cada uno construye su torre á su propia altura, y segun su fuerza. Por lo demás, si la carta pareció defectuosa, es porque la revolucion no estaba en su término: el principio de la igualdad y de la democracia estaba en el fondo de los ánimos, y trabajaba en sentido contrario al orden monárquico.

Los príncipes aliados no tardaron en salir de París al retirarse Alejandro, hizo celebrar un sacrificio religioso en la plaza de la Concordia, alzándose un altar en el mismo sitio en que estuvo el cadalso de Luis XVI. Siete sacerdotes moscovitas celebraron el oficio, y las tropas extranjeras desfilaron ante el altar. El *Te-Deum* fue cantado con una de las mas bellas entonaciones de la música griega, y los soldados y los soberanos hincaron una rodilla en tierra para recibir la bendicion. El pensamiento de los franceses se trasladaba á 1793 y 94, cuando los buyes rehusaban pasar por las calles que les hacia odiosas el olor de la sangre. ¿Qué mano habia conducido á la fiesta de las expiaciones esos hombres de todos los países, esos hijos de la antiguas invasiones bárbaras, esos tártaros, algunos de los cuales habitaban en tiendas de pieles de ovejas al pié de la gran muralla de la China? Estos son espectáculos que ya no verán las débiles generaciones que seguirán á mi siglo.

PRIMER AÑO DE LA RESTAURACION.

En el primer año de la restauracion presencié yo la tercera transformacion social: yo habia visto la antigua monarquía pasar á la monarquía constitucional, y esta á la república; yo habia visto la república convertirse en despotismo militar, y veía el despotismo militar volver á una monarquía libre. Los mariscales del imperio se convirtieron en mariscales de Francia, y á los uniformes de la guardia de Napoleon se mezclaron los de los guardias de corps, y de la Maison-Rouge, exactamente cortados por los antiguos moldes: el viejo duque de Havré, con su peluca empolvada y su baston negro, marchaba como capitán de los guardias de corps al lado del mariscal Victor: el duque de Mouchy, que jamás habia visto quemar un cartucho, desfilaba en la misa al lado del mariscal Oudinot, acribillado de heridas: el palacio de las Tullerías, tan apropiado y tan militar bajo el mando de Napoleon, en vez del olor de la pólvora, se llenaba del humo de las comidas que subia de todas partes, y todo iba volviendo á adquirir un aire de domesticidad. En las calles se veían emigrados caducos con ademanos y vestidos de otro tiempo, hombres los mas respetables sin duda, pero tan extraños entre la multitud moderna, como lo eran los capitanes republicanos entre los soldados de Napoleon. Las damas de la corte imperial introducían á las viudas del barrio de Saint-Germain y les enseñaban las costumbres del palacio, y llegaban diputaciones de Burdeos y capitanes de parroquia de la Vandée con sus sombreros á lo Rochejacquelein. Estos diversos personajes conservaban la expresion de los sentimientos, hábitos y costumbres que les eran familiares. La libertad, que estaba en el fondo de esta época, hacia vivir juntos los que á primera vista parecían no deber estarlo; pero costaba trabajo reconocer esa libertad, porque llevaba los colores de la antigua monarquía y del despotismo imperial. Todos sabian mal el lenguaje constitucional; los realistas cometían faltas groseras hablando de la carta; los imperialistas estaban menos instruidos aun, y los convencionales, convertidos en condes, barones, senadores de Napoleon y pares de Luis XVIII, incurrian unas veces en la dialéctica republicana, que casi habian olvidado, otras en el idioma del

absolutismo, que habian aprendido á fondo. Oíase á los ayudantes de campo del último tirano militar discutir de la libertad inviolable de los pueblos, y á los regicidas sostener el dogma sagrado de la legitimidad.

Estas metamorfosis serian odiosas si no tuviera parte en ellas la flexibilidad del carácter francés. El pueblo de Atenas se gobernaba á sí propio, y los oradores se dirigian á sus pasiones en la plaza pública; la multitud soberana estaba compuesta de escultores, pintores, obreros y oyentes, segun dice Tucídides; pero cuando, bueno ó malo, se llegaba á dictar

un decreto, ¿quiénes salian de esa masa incoherente é inexperta para ejecutarlo? Sócrates, Focion, Pericles y Albiciades.

¿ES Á LOS REALISTAS Á QUIENES DEBE CULPARSE DE LA RESTAURACION?

¿Es á los realistas á quienes debe culparse de la restauracion, como hoy se pretende? De ningun modo. ¿Se diria que treinta millones de hombres estaban consternados, mientras que un puñado de legitimistas consumaban contra la voluntad de to-



LAS TULLERIAS A LA CAIDA DE NAPOLEON.

dos una restauracion detestada, agitando algunos pañuelos y poniendo en sus sombreros una cinta de su mujer? Verdad es que la inmensa mayoría de los franceses estaba con la mayor alegría; pero esa mayoría no era legítima en el sentido limitado de esta palabra. Esta mayoría estaba compuesta de todos los matices de opiniones, feliz con verse libre y violentamente animada contra el hombre á quien acusaba de todas sus desgracias: de aquí provino el éxito de mi folleto. ¿Cuántos aristócratas verdaderos se contaban proclamando el nombre del rey? MM. Matthieu y Adrian de Montmorency, MM. de Polignac, escapados de su calabozo, Mr. Alexis de Noailles y Mr. Sosthene de La Rochefoucauld. Estos

siete ú ocho hombres, á quienes el pueblo desconocia y no seguía, ¿ponían la ley á toda la nacion?

Mad. de Montcalm me habia enviado un saco de mil doscientos francos para distribuirlos entre la pura raza legitimista, pero se lo devolví por no haber tenido donde colocar un escudo. Ataron una innoble cuerda al cuello de la estatua que coronaba la columna de la plaza Vendome; pero habia tan pocos realistas para tirar de ella, que las autoridades, todas bonapartistas, fueron las que bajaron la imagen de su señor con el auxilio de una polea: el coloso inclinó por fuerza la frente, y cayó á los piés de esos soberanos de la Europa, tantas veces prosternados ante él. Los hombres de la república y del imperio

fueron los que saludaron con entusiasmo la restauracion. La conducta y la ingratitude de los personajes elevados por la revolucion, fueron abominables con respecto á aquel á quien hoy afectan sentir y admirar.

Era muy natural que los realistas estuviesen contentos de volver á encontrar sus príncipes y de ver concluir el reinado de aquel á quien consideraban como un usurpador; pero vosotros, criaturas de ese usurpador, sobrepusásteis en exageracion á los sentimientos de los realistas. Los ministros y los grandes dignatarios prestaron á porfía juramento á la le-

gitimidad, y todas las autoridades civiles y judiciales se apresuraban á jurar odio á la nueva dinastía proscripita, y amor á la raza antigua que cien y cien veces habian condenado. ¿Quién componia aquellas proclamas, aquellos manifiestos acusadores y ultrajantes para Napoleon de que estaba inundada la Francia? ¿Los realistas? No: los ministros, los generales, las autoridades elegidas y mantenidas por Bonaparte. ¿Dónde se fraguaba la restauracion? ¿En casa de los realistas? No; en casa de Mr. de Talleyrand. ¿Con quién? Con Mr. de Pradt, limosnero del *Dios Marte* y saltimbanquis mitrado. ¿Con quién y en casa de



LUIS XVIII.

quién comia al llegar el lugar-teniente general del reino? ¿En casa de los realistas y con realistas? No; en casa del obispo de Autun, con Mr. de Caulincourt. ¿Dónde se daban fiestas á los *infames príncipes extranjeros*? ¿En los palacios de los realistas? No; en la Malmaison, en casa de la emperatriz Josefina. Los mas caros amigos de Napoleon, Berthier, por ejemplo, ¿á quién profesaban su mas ardiente adhesion? A la legitimidad. ¿Quiénes pasaban su vida en casa del autócrata Alejandro, en casa de ese tártaro brutal? Los clásicos del Instituto, los sabios, los literatos, los filósofos filántropos, teofilántropos y otros, de donde salian encantados y colmados de elogios y de cajas de tabaco. En cuanto á nosotros, pobres diablos de legitimistas, no éramos admitidos en parte alguna, y se nos contaba por nada. Unas veces nos decian en la calle que nos fuésemos á acostar, y otras que no gritásemos demasiada alto *viva el rey!* Lejos de forzar á nadie á ser legitimista, las potencias declaraban que nadie seria obligado á cambiar de papel ni de lenguaje, y que el obispo de Autun no seria mas obligado á decir misa bajo la monarquía que bajo el imperio. Yo no he visto Juanas de Arco proclamando el derecho soberano con un gerifalte en el puño y armadas de lanza; pero Mad. de Talleyrand recorria las calles en carretela cantando himnos sobre la piadosa familia de los Borbones. Algunos trapos colgados en las ventanas de los familiares de la corte imperial, hacian creer á los buenos cosacos que habia tantas lises en los corazones de los bonapartistas, convertidos, como guinapos blancos en sus balcones. El contagio es una maravilla en

Francia, y se gritaria *abajo mi cabeza!* si lo oyeran gritar al vecino. Los imperialistas entraban en nuestras casas para hacernos poner banderas de lienzo blanco en las rejas: esto fue lo que sucedió en la mia; pero Mad. de Chateaubriand no quiso oír, y defendió esforzadamente sus muselinas.

PRIMER MINISTERIO.—PUBLICO LAS REFLEXIONES POLÍTICAS.—LA DUQUESA DE DURAS.—SOY NOMBRADO EMBAJADOR EN SUECIA.

El cuerpo legislativo, transformado en cámara de los Diputados, y la cámara de los Pares, compuesta de ciento cincuenta y dos miembros vitalicios, entre los cuales se contaban mas de sesenta senadores, formaron las dos primeras cámaras legislativas. Mr. de Talleyrand, instalado en el ministerio de Negocios Extranjeros, salió para el congreso de Viena, cuya apertura estaba fijada para el 3 de noviembre, conforme al artículo 32 del tratado de 30 de mayo, y Mr. de Jaucourt lo desempeñó por una interinidad que duró hasta la batalla de Waterloo. El abate de Montesquiou fue ministro de lo Interior, teniendo por secretario general á Mr. Guizot; Mr. Malouet entró en el de Marina; pero habiendo muerto, fue reemplazado por Mr. Beugnot; el general Dupont obtuvo el departamento de la Guerra, y luego le substituyó el mariscal Soult, que se distinguió en él por la creacion del monumento fúnebre de Quiberon; el duque de Blacas fue ministro de la casa del rey; Mr. de Anglés, prefecto de policia; el canceller Am-